



REVISTA DE INSTRUCCIÓN Y MORAL

DIRIGIDA POR

DON JOSE NOVI Y PEREDA

REDACTOR EN JEFE

D. A. CARRASCO Y ALVAREZ

Año VI

Madrid 15 de Enero de 1883

Núm. 102

SUMARIO

I. La educación: Cartas á una niña.—II. La emancipación de la mujer.—III. Nuestro grabado.—IV. ¡Pobre Blanca!—V. Á la memoria de la señorita doña María de la Concepción Novi y Castellote.—VI. El décimo mandamiento.

LA EDUCACIÓN

CARTAS Á UNA NIÑA

II

EL LUJO

QUERIDA hermana mía: Una de las consecuencias que derivan inmediatamente de la vanidad, es el deseo del lujo y de la ostentación. Efecto indeclinable del fuego que consume el pecho de las niñas orgullosas y engreídas, la idea del lujo toma asiento en su corazón tan luego como reconocen que pueden eclipsar el brillo de sus compañeras engalanándose

con los más ricos adornos, vistiendo los más costosos trajes, siendo, en fin, la última manifestación de la moda elegante.... ó ridícula; que de todo tiene esta deidad caprichosa, dueña absoluta de millares de almas que se mueven á impulsos de un mismo sentimiento

Y aunque no sea mi ánimo ocuparme en describir, por ahora, los efectos del lujo, considerado bajo un punto de vista exclusivamente económico, te expondré, sin embargo, los encontrados pareceres que reinan en el campo de la Economía social cuando se trata de apreciar las consecuencias que nacen de un hecho, tan antiguo como el mundo, pero que reviste un carácter especial en el momento histórico que atravesamos.

Unos propenden á su abolición inmediata, porque representa—dicen—un gasto superfluo que ninguna utilidad trae á la vida ni sirve para satisfacer necesidades reales y efectivas; otros hay que, opinando del mismo modo, añaden que el lujo es un exceso de gastos personales que puede ocasionar la

ruina de una familia á poco que ésta se extralimite, y no redunde en beneficio de ninguna clase determinada; quién se contenta con indicar vagamente que es el uso de las cosas caras; quién lo considera como un consumo improductivo, ó como el afán de destruir, sin compensación, una parte de la riqueza nacional ó individual.

Hay, sin embargo, ardientes partidarios del lujo, aún en el terreno de la teoría económica, por juzgarlo altamente beneficioso para ciertas clases, pues consumiéndose—exclaman—gran cantidad de objetos de ostentación y de puro adorno, aumenta su demanda y salen favorecidas la industria y el comercio, que pueden desarrollarse en este sentido. Es necesario, pues, que los poderosos de la tierra, los opulentos magnates que gozan y disfrutan de pingües patrimonios, consuman una cantidad considerable de sus rentas ó beneficios en objetos de gran lujo que, á la vez que para prestar mayor realce á su personalidad, sirvan, merced al continuo uso que de ellos se haga, para que el comercio realice fabulosas

ventas, adquiera más actividad la industria con la obtención de nuevos productos, se acelere el movimiento de las fábricas y puedan, sobre todo, los operarios contar con un jornal digno, capaz de cubrir las atenciones de su dilatada familia después de una semana de durísimo trabajo, en el que ha quedado impreso el sello de su inteligencia y de su esfuerzo.

Pero los que así piensan olvidan que es de todo punto indiferente para la Economía política el que los poderosos de la tierra empleen lo que les sobra de sus rentas en adquirirse objetos de inmenso valor, aunque inútiles, ó en atender á lo que exige el cúmulo de veleidosos caprichos que suelen rodear la existencia de esos señores, hasta el punto de constituirlos en verdaderos esclavos suyos ó convertirlos en instrumento de las más livianas pasiones.

Esos gastos excesivos, que sirven, á lo más, para fomentar necesidades ficticias, podían dar el mismo resultado si se aplicasen al consumo de artículos tan indispensables, como que sin ellos es imposible satisfacer las primeras y más urgentes necesidades de la vida. ¡Cuánto ganaría la humanidad si estos productos se pusiesen al alcance de todos!

La ciencia Económico-política, por tanto, no puede apadrinar una institución que ninguna utilidad lleva á su seno, y los modernos partidarios del lujo se hacen solidarios de un gran crimen—moralmente, se entiende—al pretender justificar lo que es, ha sido y seguirá siendo, una llaga social que corroee las entrañas de numerosas familias, cuando no las arruina por completo, llevándose consigo la honra, el bienestar y la tranquilidad del hogar doméstico. ¡Que á tales extremos conduce el desorden que se apodera de las almas débiles influidas por una pasión que las ciega y hace estériles los más puros afectos!

La Historia, por otra parte, nos textifica, con la elocuencia de los siglos, que el lujo entra por mucho en el decaimiento de los pueblos, aunque otra cosa afirmen los que sostienen que la marcha de la humanidad obedece á leyes fatales que se han de cumplir necesariamente, y que están relacionadas con fines predeterminados por la divina Providencia. Yo entiendo que las fatalidades históricas son un delirio de cierta escuela filosófica, y que las leyes que marcan los trastornos sociales, las revoluciones sangrientas y las fratricidas luchas civiles, son las mismas que inician las grandes crisis de la conciencia individual. En la humanidad, lo mismo que en el individuo, se ha de cumplir necesariamente la eterna ley moral, y sólo cuando no se obedecen á sus claros preceptos es cuando ocurren en el mundo las terribles catástrofes que registra la Historia, como justo castigo á ambiciones bastardas y egoístas, ó como expiación de crímenes horrendos. El que otra cosa vé en los acontecimientos históricos, rebaja la idea de Dios y llega, por un procedimiento lógico, á su-

ponerle capaz de consentir el mal porque lo quiere, porque es el asesino de su propia obra. ¿Puede darse mayor absurdo, mayor impiedad?

Pues bien, hija mía; esto sentado, yo no tengo inconveniente en declarar á tu oído que el lujo fué causa secundaria, sí—pero causa al cabo—de la destrucción del Imperio persa, del aniquilamiento de la República griega y de la total ruina del pueblo romano. Cada cual es libre de pensar como quiera y lo que quiera: yo escribo lo que siento, y respeto las opiniones ajenas..... después de censurarlas, para que no se traduzca por asentimiento mío la consideración que me merecen los juicios de los demás.

Pero viniendo ya á concretar, por decirlo así, los efectos del lujo, yo creo que, bajo cualquier concepto que se le examine, á más de la inmoralidad que en sí encierra, vemos que las circunstancias que rodean á este fenómeno social y las consecuencias que de él se desprenden son bastantes á engendrar en el ánimo de toda persona sensata una aversión profunda hácia un vicio que, como otros muchos que con él se relacionan, supone, juntamente con la relajación de costumbres, el desequilibrio de nuestras facultades intelectuales, que siempre deben marchar de acuerdo, é introduce la asfixia en la vida del espíritu, el cual, bajo la inmediata inspiración de la conciencia, que es su severo juez, protesta enérgicamente contra toda manifestación que tienda á convertirse en signo exterior del engreimiento y de la soberbia. Porque el lujo, querida mía, no es otra cosa que la máscara con que suelen cubrir su rostro el dios *Orgullo* y la diosa *Vanidad* (como si así no los conociesen más pronto) para continuar su carrera de locuras y extravíos, cogidos del brazo, y presidir esas magníficas exposiciones de mujeres hermosas que semejan ricas estatuas cuajadas de oro y pedrería, allí colocadas para despertar el apetito del ambicioso mercader.

El lujo está representado por aquellos gastos que responden exclusivamente á satisfacer en nosotros el deseo de la ostentación. Próximo á la prodigalidad, el despilfarro y la disipación, él sólo es la causa de que una inmensa pléyade de *Majestades* caídas en el abismo que ellas mismas se han abierto á sus piés, retroceda espantada ante los horrores del presente, y llena de desesperación vuelva la vista hácia un pasado feliz, preñado de recuerdos que asesinan; porque el remordimiento es el cruel verdugo de las conciencias impuras y egoístas. Entre tanto, hermana mía, ¡cuánto infeliz obrero no habrá encontrado trabajo con que proporcionar un pedazo de pan á sus hambrientos hijos! ¡Cuánta madre desgraciada habrá desesperadamente luchado entre la miseria que amenaza concluir con los tiernos pedazos de su corazón y la deshonra que tal vez pueda salvarlos! ¡Cuántos niños, sin padre, habrán muerto de frío en las rigurosas noches del helado

invierno, á las puertas, tal vez, del palacio que les negó su amparo! ¡Cuánto abandono, cuánta iniquidad sobre la tierra!

Pero el deseo de ostentación y la manía de presentarnos lujosamente ataviados casi encuentran su fundamento en las tendencias hoy predominantes en nuestra sociedad. Un sujeto cualquiera, por muy digno que sea, por muchas y honrosas cualidades que le distingan, no conseguirá ser atendido de nadie si se resigna á ir humildemente vestido: hoy el traje lo hace todo; hasta puede convertir á un malvado en persona honrada y respetable, si el esplendor del oro encubre el fondo cenagoso de su espíritu. La probidad, el pundonor, la delicadeza y tantas otras virtudes como atesora la pobre alma humana, son cosas demasiado hondas para ser vistas por una sociedad miope, que sólo acierta á distinguir claramente los objetos por su aspecto exterior; el hombre trabajador y de talento, pero modesto y falto de recursos, ó apela á medios vergonzosos é indignos, ó se eleva sobre los demás merced á un titánico esfuerzo de su soberana inteligencia. La sociedad no le prestará apoyo; acaso se haya honrado con la amistad de alguna opulenta familia que, á la postre, no ha hecho otra cosa que ponderar sus excelentes cualidades, sus relevantes prendas, su talento profundo..... para abandonarle en el momento más crítico; obligándole así á reconocer el infinito espacio que media entre él y los que hipócritamente le ensalzaban. Hé aquí cómo retrata esta faz de la vida el docto poeta alemán Enrique Heine, natural de Dusseldorf (Prusia) cuando, hablando de sí mismo, dice:

•Diéronme aviso y consejo,
» Y me colmaron de honores;
» Dijeron que si esperase,
» Serían mis protectores.»

« Y á pesar de sus promesas,
» Me quedára en esqueleto,
» A no ser por un valiente
» Que me sacó del aprieto.»

« Díome pan aquel buen hombre;
» Lo alabaré eternamente;
» Siento no poder besarle;
» Soy yo mismo ese valiente.»

(Trad. de J. CLARK.)

Por lo demás, el lujo ejerce siempre perniciosa influencia en el hogar doméstico; muchos ejemplos podría citarte en corroboración de este aserto; pero me limito á señalar uno sólo, que no te es desconocido por completo. Ya recordarás que aquellos señores que vivían enfrente de nuestra casa por el año 187..... tenían consigo una hermosa niña que, más que criatura humana, parecía bello ángel del cielo.....

Pues bien; Enriqueta (que tal era el nombre de la niña) había recibido de sus padres una esmerada educación, aunque éstos, inspirados en el falso concepto que en la vida real se tiene hoy de las palabras «educación é instrucción de la niñez», dejaron que se desarrollase en su hija el deseo del

lujo y otras aspiraciones, transigiendo con las costumbres de la moderna sociedad. En vez de una mujer que hubiese cultivado su espíritu para adquirir la plena conciencia de sus deberes, hicieron de ella una señorita de salón, una mujer de sociedad..... tal vez soñaban con ceñir á su frente la aureola que rodea las sienes de las que se titulan *damas del gran mundo*.

Á poco mueren los padres de Enriqueta, dejando á su hija en la más triste orfandad; porque, embebidos en el inmenso amor que la profesaron durante su vida, no perdonaron medio de realzar su extraordinaria belleza, y se olvidaron de reunirla un capital con que atender, en un caso imprevisto, á las exigencias que forzosamente habia de reclamar el círculo social en que se había educado.

Así es que Enriqueta, sola en el mundo, sin más consuelo que el recuerdo de sus pasadas glorias, ni más compañía que su propio corazón, encendido en locos deseos, en febriles agitaciones..... ha tenido que sucumbir ante la violencia del volcán que se formó en su pecho.

Hoy, aquella niña de ojos grandes y serenos, en los que se transparentaba la viva imagen del amor casto y purísimo, aquel corazón hidalgo y generoso yace escarnecido y vilipendiado, siendo miserable sepulcro de su honra. ¡Pobre Enriqueta!

Y ya que en este siglo de grosero positivismo todo se metaliza y vende, procura sustraerte cuanto puedas á la perniciosa influencia del oro, por si este nuevo rey del mundo huye algún día espantado de tu modesto hogar.

Sea la virtud el astro que guíe constantemente tus pasos; que mientras la humanidad camina ciega y desenfrenada por la senda que conduce á la meta de la locura y del escándalo..... tu madre te colmará de bendiciones desde el cielo, que ganó su acrisolada honradez aquí en la tierra.

Adios; te recomienda quietud de espíritu y tranquilidad de conciencia, tu hermano

A. Carrasco y Alvarez

LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

A MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO EN LA PRENSA
DON ANTONIO CARRASCO Y ALVAREZ

EN nuestro anterior artículo combatimos la especie vertida por algunos reformadores respecto de la *emancipación de la mujer*; en este vamos á exponer á lo que la cuestión debe quedar reducida dentro de sus verdaderos y justos límites.

Rechazada la tesis que impugnábamos en el artículo anterior, ¿no queda ya nada por

hacer? ¿Debe la mujer continuar como hasta el presente?

Nó, por cierto.

Entre la idea emancipadora y la estacionarista, hállese otra intermedia que marca el verdadero y necesario progreso de tan importante asunto, la de la educación en orden al adelantamiento general de las sociedades, del cual es preciso de todo punto que la mujer participe, si bien con una participación distinta en su esencia á la que al hombre corresponde.

La vida humana tiende á la perfección, y esta no consiste en otra cosa que en la realización de cuantos elementos de posibilidad lleva en sí; en el robusto y completo desarrollo de los gérmenes que atesora.

La jóven posee un cuerpo y un espíritu que la anima; debe, pues, robustecer ambos elementos de su existencia en nombre de los deberes que la Moral impone al ser racional para consigo mismo.

Nada nuevo decimos; repetimos tan sólo lo que nadie ignora; pero así y todo, creemos hacer bastante, porque la frivolidad de nuestras costumbres condena en hecho al ostracismo ¡lástima grande! aquello que constantemente debiera presidir los actos de la vida individual.

El aforismo que dice *Veo lo mejor, me gusta, pero sigo lo peor*, es un pseudo-ley que debemos empeñarnos en borrar á toda costa del código de nuestra actividad.

En su consecuencia, el gusto por esas modas, satisfacciones vanas de un capricho pueril, que aprisionan el cuerpo de la jóven, envenenando con el contacto su lozanía, su salud y su robustez, debieran ceder su puesto á los consejos serios de la Higiene, que es la moral del cuerpo; así como también el gusto por las lecturas inspiradas en la verosimilitud debiera armonizarse más con aquellas otras que, tomando por base la certeza, son, si exponen el bien, la moral de la voluntad, y si verdades, la de la inteligencia.

No olvidamos tampoco el Sentimiento, del cual es la mujer inagotable tesoro; pero adviértase que si se cultiva por el Arte, hay peligro de extravío, en tanto que si por la Naturaleza, adquiere seguramente su verdadera perfección.

El amor que en las almas juveniles sabe inspirar el argumento de una novela ó el de un drama, es tan sólo el que su autor concibe, y este es el hombre; el que la flor, ó el ave, ó los conciertos de la Naturaleza á su vez inspiran, también son reflejo de su autor; pero este autor ya no es el hombre, ¡es Dios!

El sentimiento de la Caridad, bellissimo en todos, pero aún más bello en la mujer, se desarrolla espontánea y dulcemente ante el sombrío y conmovedor cuadro que la miseria nos ofrece en alguna destaralada boardilla.

¡Ah! ¿Por qué al enseñar á nuestras más distinguidas jóvenes á emplear unos cuantos billetes en un magnífico atavío; no

las enseñamos también á socorrer *por propia mano* la indigencia?

Tengamos presente que la jóven de elevada posición halla entre los tapices de los salones la escuela donde se hace una dama distinguida, y que esto la es necesario; pero no echemos en olvido que si la facultad de apreciar las cosas se ejercita en el mérito de estas, dicho mérito sólo se descubre por comparación, y quien no ha mirado de frente la desgracia, ignora lo que vale la fortuna.

Muchísimas personas practican, lo que venimos apuntando, como necesario; pero, desgraciadamente, gran parte de nuestra sociedad vejeta, más bién que vive, con la sierpe del excepticismo en el cerebro, y el corazón atrofiado por una indiferencia glacial.

Las tendencias del movimiento filosófico de esta centuria hácia la duda ó el positivismo se reflejan en la vida práctica de tal modo, que urge poner un dique poderoso á tamaño desbordamiento, y este dique sólo puede ofrecerle una sólida educación.

De esta necesidad se resiente más que nadie la mujer, que apenas salida cuando niña del período de la infancia, frecuenta por más ó menos tiempo la escuela, ya gratuita, si es pobre, ya de paga, si su posición más ó menos desahogada se lo permite.

Durante los primeros años, son comunes los estudios en ambos establecimientos docentes: lectura, escritura, Catecismo, Historia Sagrada, Aritmética, Geografía y labores propias de su sexo, son por lo regular los conocimientos que constituyen el pasajero saber — bién escaso por cierto — de la niña proletaria, mientras que la rica, *relativamente* puede ampliarlo, y aún con frecuencia lo amplía, adicionando á lo ya expuesto, idiomas, música, dibujo y alguna otra de las materias comprendidas bajo la denominación común de clases de adorno.

Como se vé, entre todas estas ramas de la ciencia huelga la Moral, y si por azar nó, enséñase de la manera más fatigosa é impertinente posible. Esto es, se descuida aquello que más realza al hombre, haciéndole bueno para todo.

Esto no es ya poca calamidad; pero añádase que á la adolescente no se la instruye en nada de cuanto ha de constituir su *verdadera y principal* misión en la tierra, y la calamidad, subiendo de punto, se ajiganta como la tromba arrolladora que, nacida del seno desequilibrado de los mares, toma, en su colosal y vertiginoso progreso, las proporciones de un inmenso atleta.

El hombre adquiere, durante la segunda enseñanza, una ilustración de carácter general que, más tarde, individualiza y determina con estudios especiales y propios de la profesión que elige, notas características de ella, y sólo de ella; mientras la mujer se dá por satisfecha con unos débiles y efímeros conocimientos rutinariamente aprendidos.

El abogado, el médico y el farmacéutico, aprenden, respectivamente, la administración de justicia, los diagnósticos, pronósticos y tratamientos de múltiples enfermedades y la preparación de cuerpos restablecedores del equilibrio perdido por el organismo; en suma, cuanto mañana ejercerán; en tanto que la mujer, á quien también mañana hareis esposa y madre, ni se la instruye de lo que va á ejercer, ni áun se procura ponerla seriamente de relieve lo elevado y augusto de su cometido.

Se pretende, sin duda, que todo lo sepa por intuición.

¡Monstruoso absurdo!

¡Cuánta belleza ignorada yace en las hondas entrañas de los mares porque las cubre torpemente el cieno!

¡Cuánta sublimidad, también ignorada, late inútilmente en el mundo infinito de nuestra conciencia, oculta bajo la espesa y dura corteza de la tradición!

La mujer penetra en un santuario donde ha de reinar, y penetra con los ojos vendados; si algo miró de soslayo mientras su doncellez, es el lado puramente material.

¡Desdichado panorama el que se ofreció á su contemplación!

Antes de los doce años, la niña pobre deja la escuela para ganarse un pedazo de pan, cumpliendo así la nobilísima ley del trabajo, pasando á un taller, donde el roce con sus nuevas camaradas, de *más experiencia*, enferma su inteligencia con mil soeces preocupaciones, podridos engendros de la ignorancia más grosera.

La rica deja sus estudios algo más tarde ó los continúa en algun colegio del extranjero, rindiendo de este modo un punible homenaje á la moda, y allí se forma mujer, aspirando una atmósfera estéril para hacer brotar la delicada flor del sentimiento, porque el congelador espíritu de un reglamento en que se deifica la forma, mata la espontaneidad de aquél. Es, pues, en la familia, al lado de la madre, y con ella por institutriz, donde debe educarse la mujer del porvenir.

La hija de la clase media vuelve al seno de la familia, pero gana muy poco con respecto al asunto que nos ocupa. Su madre, si algo aprendió con la experiencia de los años, que pudiera enseñar á su hija como muy útil para sus ulteriores estados, no lo hace sin embargo.

¡Como si no valiera más hacerla ver de antemano lo execrable y abyecto de la pasión extraviada y lo bello del bien, que dejarla sumida en esa temeraria curiosidad que despiertan en la joven ciertos hechos que contempla, ó escucha narrar á medias palabras, comentándolos luego á solas sin que nadie pueda encauzar su fantasía desbordada!

Casada más tarde, sin noción firme y precisa del deber, sin amarle, porque no le conoce, y lo que aún es peor, sin saturar su alma del justo orgullo que debe proporcionar la grandeza incomparable de la ma-

dre primero, de la desposada después, ¿tiene mucho de extraño que haga girones tanta magnificencia?

¿Os extrañaría ver á un niño arrojar á la devastadora llama papeles de cuantioso interés, su herencia misma, por el simple capricho de contemplar una llamarada?

Pues no os extrañe ver á una mujer evaporar su dignidad al calor de una pasión, por satisfacer un desvarío de su extraviada inteligencia.

Aquél ignora que labra su ruina material; ésta también ignora que prepara la moral, la más desesperante de las ruinas, porque el honor ó la deshonra nos sobreviven.

Hagamos, pues, más reflexiva á la mujer.

¿Cómo? Eso, querido amigo, espero tener el gusto de verlo expuesto en una serie de cartas literario-morales que entiendo se propone Vd. publicar, y de la cual conozco algunas, cuya brillantez es digna de su talento y experiencia.

Por mi parte, pongo punto final.

Sedro Sanchez Morán

NUESTRO GRABADO

GORGE Barbarelli nació en 1478 en Castelfranco, segun unos, y en Veduggio, segun otros. Muy joven aún, entró de aprendiz en el taller de J. Bellini, que á la sazón residía en Venecia, la bella ciudad del Adriático, considerada por todos en esta época como el foco del amor y de los placeres, de los locos devaneos, de los lances caballerescos y quijotesas aventuras.

Barbarelli mereció el sobrenombre de *Giorgione*, con que se le conoce, por su bizarra apostura, su gallarda presencia, sus finos y elegantes modales, y más que por todo esto, por su escultural figura, animada de tal fuerza de expresión, que acusaba en él desde luego una naturaleza ardiente, ávida de emociones profundas y de febriles arrebatos.

Dominado por el fuego de las pasiones que consumía su alma, se entregó de lleno á los placeres, cuya circunstancia, unida á la brillante educación que había recibido, fué motivo suficiente para ganarse las simpatías del bello sexo, dadas las condiciones que informaban entónces el carácter de la mujer en aquel pueblo.

Fué hábil ginete, músico distinguido y afamado espadachín, todo lo cual contribuyó en gran manera á rodear su nombre de cierto esplendor glorioso, que aumentó más y más la envidiable reputación que como pintor se había conquistado ya en Venecia.

No obstante el desenfreno de sus pasiones y la ceguedad con que perseguía los

deleites del amor epicúreo, jamás sintió enervarse su naturaleza, y siempre conservó en su pecho el mismo entusiasmo por el arte, dando pruebas de una fecundidad inagotable, á pesar del tiempo que le robaban las distracciones y voluptuosos entretenimientos de que hemos hecho mérito.

Poco dado á los sublimes éxtasis y arrebatos místicos de los sectarios de la antigua escuela, abandonó á los Bellini y á su arte puramente idealista y subjetivo, para seguir las inspiraciones de su genio eminentemente realista, que le incitaba á engolfarse en las contemplaciones de la madre Naturaleza.

Huyendo del exajerado misticismo de Bellini, se hizo materialista.

Su pincel, sin embargo, se adaptó á todo género de asuntos: lo mismo retrataba el Cielo de los cristianos, que el Olimpo de los dioses; con la misma facilidad reproducía en sus cuadros algún acontecimiento histórico, algún matiz de la vida privada é íntima, que trasladaba al lienzo los excesos de una orgía ó los tiernos y sencios episodios de la vida campestre.

Su escuela, mirada en conjunto, es fuerte en el color y claro-oscuro, débil en el dibujo, más rica en imaginación que en sentimiento, voluptuosa, sensual, epicúrea y nada filosófica.

A él le tocó inaugurar la Edad moderna en Venecia, como Leonardo de Vinci la inauguró en Florencia, con tanta ventaja, sin embargo, sobre aquél, que sería un delirio pretender establecer entre los dos comparación alguna con ánimo de igualarlos. Giorgione representa en la esfera del arte la *negación*, la *antítesis*; mientras que Leonardo de Vinci representa la fusión completa y armónica de los elementos antiguos y novísimos, la *síntesis*, en una palabra.

Giorgione llevó á la exageración su amor por la forma, y despreció el fondo: así se ve en sus cuadros mucha luz é intensidad de colorido, gran copia de imaginación y un empeño decidido en hacer resaltar el claro-oscuro, cosas todas que afectan á la forma del cuadro más que á su fondo ó contenido, al paso que, como hemos dicho, aparece débil en el dibujo, falto de sentimiento y pobre de recursos en el desarrollo íntimo de los caracteres.

Pintó también asuntos religiosos ó místicos, pero profanándolos, hasta el punto de que álguien ha dicho que para Giorgione el arte no era más que un conjunto de groseras sensaciones.

El que hoy ofrecemos á la consideración de nuestros jóvenes lectores es quizá uno de los más místicos que nos legara su envidiable pincel, digno por cierto de dirección más acertada.

Representa al Niño Jesús en brazos de María, recibiendo unas flores de manos de Santa Brígida.

Es admirable por su color, no por el sentimiento religioso, ni por lo sóbrio de su composición, complicada inútilmente por el



CUADRO DE GIORGIONE (Real Museo de Pinturas de Madrid)

marido de la Santa, cubierto de una armadura.

Giorgione, en suma, reunió grandes dotes para el cultivo y desarrollo de la forma; ninguna para el fondo. Hé aquí el juicio crítico que nos merece.

Sus pasiones le llevaron al sepulcro á la edad de 33 años.

Todos sus biógrafos convienen en que murió de amor.

¡Pobre Giorgione!

Esbozo

¡POBRE BLANCA!

Á LOS INFANTILES LECTORES DE ESTA REVISTA

II

La Enramada es una hermosa posesión de los marqueses de la Enramada, padres de Blanca, nuestra heroína. Está lindando con Jijona, tanto, que los aldeanos y aldeanas van y vienen á pié sin dificultad.

La finca es en extremo linda, rodeada de jardín, y los balcones, de persianas color perla, tejidos de enredaderas, pasionarias y madre selvas; desde la terraza se domina todo el pueblo, y, si bien no recuerdo, creo que se distingue bastante trozo de mar del hermoso Mediterráneo, de la perla de los mares.

Pero sobre todo, el mayor atractivo para los modestos habitantes de Jijona que tenía la casa solariega de los marqueses de la Enramada, era la gente que vivía en ella. Los marqueses, señores poderosísimos, dueños de una fortuna inmensa, eran sencillos, humildes y modestos; no tenían pretensión de ningún género; bien es verdad que él tenía sesenta años y ella 58; pero, sin embargo, se leía en sus caras la grandeza de sus almas; todo el afán de estos honrados señores era la pronta curación de su idolatrada hija Blanquita, la primogénita.

Vivían—dos años ántes de conocerlos nosotros, mi amable lector—en Madrid, en su palacio de la Castellana. Pero ocurrieron sucesos tan desagradables, que más adelante diré, que, cansados de poner todos los medios habidos y por haber para convencer á la niña, consolarla y mimarla en todo lo posible, y sobre todo, darla la salud, que era lo principal, pensaron en la casa solariega de la Enramada, que, olvidada y medio destruida, yacía dando lástima á los viajeros que por allí pasaban, tanto por su aspecto triste y melancólico, como por ser inútil una casa tan bella, donde podían disfrutar dos ó más familias.

Cansados, pues, los marqueses de la Enramada de viajar y no adelantar un paso, optaron por irse á pasar una temporada á su posesión de Jijona, mandándola arreglar

de una manera regia, digna de los nuevos señores que la iban á habitar.

Efectivamente, en menos de dos meses estaba la Enramada desconocida por completo. Plantaron árboles, plantas de toda clase de flores y trajeron pájaros de distintos países, de orden del señor marqués, para que nada faltase á su amada hija. La habitación de ésta la adornaron de una manera oriental; por todas partes se recreaba la vista, ya por los caprichos del escultor, ó la hábil mano del pintor, ó el buen gusto del tapicero y adornista.

El jardín era un paraíso; por donde la vista se se extendía encontraba nuevos y bellos objetos, ya pájaros de lindos colores y armoniosa voz, ya flores olorosas y divinas, ya juegos de agua caprichosísimos y variados.

Para concluir, la Enramada parecía una sultana altiva, orgullosa y risueña á la par, con la cabeza erguida, es decir, el mirador de la Enramada saludando graciosamente á cuantos la admiraban, que no eran pocos.

III

Blanca y Alejandro, primo suyo, hijo de una hermana de la marquesa, se amaban tiernamente. Sus amores los acarició la infancia, y lo que empezó por juego, se convirtió luego en verdadera pasión, lo mismo en uno que en otro.

Los padres de ambos niños miraban con buenos ojos el amor que poco á poco se iba filtrando en sus inocentes corazones. Las dos familias lo deseaban, tanto porque Blanca y Alejandro se querían y eran excelentes, como para unir los nobles títulos de la Enramada y Pradal; pues Alejandro era el heredero de los condes del último apellido, hijo único también.

Los niños fueron creciendo, y con ellos el amor. Los padres acariciando la idea de casarlos así que cumpliesen el veinte años y ella diez y ocho.

Pero Dios no quiso tal enlace; cuando la suerte les favorecía, cuando soñaban un porvenir risueño y lleno de dulzuras, cuando estaban los jóvenes en lo más ardiente de su pasión y próximo á cumplirse el plazo tan deseado, Dios llamó á su seno á Alejandro, dejando hondas penas y amargas horas á las dos familias.

Unas malignas calenturas llevaron al sepulcro al futuro de Blanca, quedando esta como imbécil por espacio de tres meses.

Fué tal la melancolía que se apoderó de la infeliz niña, que el médico mandó la sacasen fuera de Alicante, donde se hallaban tomando baños y donde murió el condesito de Pradal.

Los marqueses, con tal de distraer á su hija de la tristeza que se apoderó de su sér, viajaron por Italia, París, Londres, Alemania; pero, ¡nada! todo en balde.

Blanquita se mostraba indiferente á todo. De cuando en cuando, tal vez para animar á su padres, asomaba á su boca una ange-

lical sonrisa, pero tan triste, que fácilmente se adivinaban los amargos resultados que tras de ella vendrían.

Los viajes aumentaron más y más las penas de la niña; la quitaron el único consuelo que la quedaba, y este era ir todos los días al panteón de familia, en Alicante, donde descansaban los restos del que su corazón amó tanto. Allí se arrodillaba, y permanecía en la misma postura dos ó tres horas rezando y llorando. Luégo regaba las flores del jardín que rodeaba la mansión de los muertos, y llamando á la doncella, que se ponía á respetuosa distancia, se dirigía á su casa, unas veces en coche, otras á pié. Sus padres trataron de quitarle ese pequeño desahogo de su enamorado corazón, pero Blanca, comprendiéndolo, dijo: «Si quereis que muera *antes de ahora*, prohibirme ir al Cementerio.»

Es en balde decir que los marqueses la dejaron entera libertad para hacer lo que ella deseaba.

Cansados, pues, de recorrer el mundo, los hemos conocido, mi querido lector, en la Enramada, donde Blanca estaba más contenta porque visitaba muy á menudo el sepulcro de su amado Alejandro; pues sin más que montar en el coche, estaba en Alicante muy pronto.

IV

El ángel de la Enramada llamaban los jijonencos á la dulce Blanquita.

En dos palabras explicaré el por qué de este nuevo nombre.

Blanca, desde que murió Alejandro, al que idolatraba con toda su alma aún después de muerto, su vida fué tan distinta, que todos los que la conocían se hacían cruces, como suele decirse, al ver la variación que había sufrido su carácter, ántes tan alegre siempre, y ahora tan triste.

Cuando vivía su amado primo, todo parecía sonreírle, sembrando el porvenir de halagüeñas y dulces impresiones; no había baile ni reunión donde Blanca, la encantadora y bella marquesita, no fuese la reina de la fiesta, tanto en hermosura y gentileza como en talento y elegancia.

Siempre iba vestida de blanco, como su nombre; no tenía pretensiones; jamás se la vió una joya; sus adornos eran las flores y las cintas. Á su Alejandro le gustaba la sencillez, y ella, aunque podía gastar mucho, muchísimo lujo, nunca quiso contrariar en nada á su primo.

Ahora, pues, la vemos convertida en protectora y bienhechora de los pobres.

Todos los domingos tiene á su mesa seis niños de ambos sexos. Cada semana reparte entre los pobres una gran cantidad. Viste á las niñas de los labradores. Consuela al triste. Da sabios consejos á los que no llevan con paciencia las amarguras de esta vida, y desesperan. Lloran con el afligido, ríen con el feliz, y bendice á Dios desde lo más hondo de su pecho.

Ya está explicado el por qué los humildes aldeanos de Jijona la llamaban *el ángel de la Enramada*.

Un día se encontraron dos jijonencos camino de la Enramada, y

—¿Dónde vas, Diego—dijo el de más edad.

—Voy—contestó el llamado Diego—á casa de los señores marqueses. ¿Y tú?

—Pues chico, yó también voy allí.

—¿Y á qué vas, Manolo?

—A quitarme de encima una carga de las más pesadas.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa? ¡nada! ¡friolera! ¡un grano de anís! Ya sabes que tengo siete hijos..... pero no tengo qué comer, hablando en plata. Voy á ver á *el ángel de la Enramada*, que es la señorita más buena del mundo, para que se sirva aliviarme de tan pesada carga.

—Grave es lo que te pasa, chico; yó voy á otra cosa mejor; ayer me prometió, es decir, nó á mí, sinó á mi chica María, darla un zagalejo, un par de pañuelos para el cuello, un rosario y tres pares de medias, y quiero recojerlo. Lo mío es más agradable que lo tuyo, ¿no es cierto?

Adamina Bonigas

(SE CONCLUIRÁ.)

A LA MEMORIA

DE LA SEÑORITA

DOÑA MARÍA DE LA CONCEPCIÓN NOVI Y CASTELLOTE (1)

El mundo dice
que muere un ángel,
cuando á su hija
llora una madre;
porque en tristísimo,
terrible trance,
la parca adusta
segó, implacable,
la vida hermosa
del bello arcángel.

El mundo, nécio
y cruel, no sabe,
con cuántas lágrimas
riega una madre
la tumba fría
dó inerte yace,
el sér querido
de sus afanes.

Por eso, triste,
hoy teje el vate,
con azucenas
de aroma suave,
una guirnalda
con que se enlace
la cruz bendita
que cubre el tarbe
donde reposa
Conchita, *el ángel*
que tantas lágrimas
cuesta á su madre.

T. del León

(1) Esta composición debió aparecer en el número 100 de nuestra REVISTA.

EL DÉCIMO MANDAMIENTO (1)

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. MANUEL LOPEZ CALVO

*Al Fixemo. Sr. D. José Arós-
pide y Marimón, Duque de Castro
Enriquez y Conde de Plasencia,
en prueba de sincera amistad, su
amigo,*

EL AUTOR

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VIZCONDESA.....	Sra.....
RAFAEL.....	Sr.....
MARQUÉS.....	Sr.....
MIGUEL.....	Sr.....
TOMASA.....	Sra.....

La acción en Madrid y época actual.

ACTO ÚNICO

Decoración de jardín: puerta al fondo, y laterales á derecha é izquierda

ESCENA I

TOMASA. ¿Por qué estás triste, hijo mío?
¿Qué te ocurre, Rafael?

RAFAEL. No me ocurre nada, madre;
es qué..... es qué.....

TOMASA. Vamos, ¿qué?

RAFAEL. Nada; que siempre que veo
al señorito Miguel,
comparo su situación
con mi precaria estrechez.
El si que es feliz; tan rico,
¿qué penas ha de tener!
Madre, ¿por qué no seremos
iguales todos, por qué?

TOMASA. Porque, hijo, eso no es posible.

RAFAEL. ¿Y por qué nó? diga usted.

TOMASA. Porque tiene que haber ricos
y pobres, hijo, también;
sinó, de la sociedad,
¿quieres decir qué iba á ser?
Haría cofres un conde,
y cedazos un marqués,
y el albañil á paseo
iría en lujoso trén

RAFAEL. Yo no quiero decir eso;
lo que me parece es que,
si porque no somos ricos,
madre, hemos de padecer,
y á mí se me ha de tratar
como á un animal soez,
y, en cambio, porque sea rico,
el señorito Miguel,
le han de dar todos usía,
y le han de servir también,
y ha de tener muchos trajes
y un lujosísimo trén
para ir á la Castellana,
y yo.....

ESCENA II

MARQUÉS Bien, muy bien, retebién.

RAFAEL. Señor.....

(1) Esta obra está escrita expresamente para los niños de la señora Condesa de.....

TOMASA. ¡Ay! por Dios, señor,
dispense Vd. á Rafael,
no sabe lo que se dice.

MARQUÉS. ¿Y tú lo sabes, mujer?
Tiene aspiraciones, bueno;
yo se las realizaré.

Sabes que quiero á tu hijo
como le quiero á Miguel;
estás sirviendo en mi casa
hace ya sus veintitres
años; te quedaste viuda,
yo socorrí tu viudez,
porque te quiero, Tomasa,
y á tí también, Rafael.
Desde hoy no eres jardinero;
vas á vivir y á tener
las mismas comodidades
que tiene mi hijo Miguel.
Irás con él á paseo
en ese lujoso trén
que tanto te agrada. Nada,
esto, Tomasa, ha de ser.

RAFAEL. Señor, yo.....

MARQUÉS. Animo, muchacho,
todos hemos de estar bién.
Sube, que arriba habrá ropa;
puesto que los dos teneis
el mismo cuerpo, te pones
los trajes de mi Miguel
hasta que te hagan á tí
los mismos trajes después.
Vamos, sube.

RAFAEL. Madre.....

TOMASA. Sube,
que te lo manda el marqués.

ESCENA III

TOMASA. Pero, señor.....

MARQUÉS. No te apures;
sabes lo que quiero yo,
dar de este modo á tu hijo
una prudente lección.
Quiere los bienes ajenos,
es decir, quiere de Dios
contravenir los mandatos,
y obstinada oposición
á sus deseos, sería
de resultado peor.
Yo te prometo curarle
de esa mala condición.
Voy arriba; hoy el jardín
va á ser nuestro comedor;
pues viene á honrar nuestra mesa
la vizcondesa del Sol.

ESCENA IV

TOMASA. ¿Á quién no causan empacho
los devaneos de mi hijo?
Francamente, no colijo
qué va á ser de este muchacho;
pues es cosa averiguada
que ha de tener que sufrir
el que trata de subir
á esfera más elevada.
Hará un papel desairado
en su nueva posición,
y en más de una ocasión
ha de maldecir su estado.

ESCENA V

MIGUEL. Desde hoy, vida nueva, ¡chico!
y ¡qué vida! Rafael,
ya verás qué de placeres.....

RAFAEL. Cómo me estorba el chaquet;
y este cuello me hace daño,
y la corbata también.....

MIGUEL. Hoy viene á almorzar á casa
una muchacha, ¡chipé!
ya verás qué ojos tan bellos
y que nariz tan.....

RAFAEL. (No oyendo á Miguel.) ¡Ay! que

estoy viendo las estrellas
con este calzado.....

MIGUEL. Pues,
como te iba diciendo,
tambien te presentaré
en el Veloz-Club.....

RAFAÉL. (Sigue no atendiendo.) ¡Me alegro!
con esta ropa, Dios mio,
no me puedo ni mover;
ya estoy pesaroso..... ¡diablo!
cómo me abrumba el chaquet.

MIGUEL. Pues sí, mi querido amigo,
hoy tenemos que ir á ver
las carreras de caballos;
se corre uno del marqués
del Alpiste, buena alhaja:
yo montaré á *Pravouel*,
tú, si quieres, á *Lucero*;
mi padre....

RAFAÉL. El señor marqués.

ESCENA VI

MIGUEL. A los piés de Vd., señora.
VIZCOND. Beso su mano, Miguel.
RAFAÉL. Buenos dias.
VIZCOND. Buenos dias.
MIGUEL. (Bajo) Se dice á los piés de Vd.
MARQUÉS Presento á Vd. á mi ahijado,
el señor don Rafaél
Rodríguez.

VIZCOND. Muy señor mio,
(Para sí) qué muchacho más soez.
MARQUÉS A la mesa.
VIZCOND. Cuando quieran.
¿Y qué dice Vd., Miguel?
MIGUEL. Pues, poca cosa, señora.
VIZCOND. Muy caro se vende Vd.;
no le veo por el Real
hace lo menos un mes.
MIGUEL. Soy muy poco filarmónico.
MARQUÉS ¿No hay cuchillo, Rafaél?
así no se parte el pan.
RAFAÉL. Es verdad, dispense usted.
(Para sí) ¡Qué vergüenza!
aquí, delante
de esa endiablada mujer.
VIZCOND. ¡Oh, Gayarre es un portento!
canta mejor cada vez;
qué extensión de voz, qué timbre.....

CRÍADO. ¿Va Vd. á servirse algo más?
RAFAÉL. Hombre, sí, déjelo usted.
MIGUEL. No comas más, que es muy feo.
RAFAÉL. ¡Que me ahogo!
MIGUEL. Voto á Luzbel.
VIZCOND. ¿Y á Vd., le gustan los clásicos?
RAFAÉL. Pues señor, yo qué diré.
VIZCOND. Wagner es bueno.
RAFAÉL. Muy bueno;
yo le ví en Carabanchel.
TODOS. ¡Já..... já..... já... !
MARQUÉS Pero hombre,
¡qué estás diciendo!
RAFAÉL. Pues qué.....
MIGUEL. Si Wagner es un gran músico
aleman.
RAFAÉL. Dispense usted;
yo creí que hacía títeres
y que le *quipé* una vez.
VIZCOND. ¡Qué palabras! este chico
es un mozo de cordel.
Nos reiremos á su costa.
MARQUÉS Señora, no extrañe usted.....
¡este muchacho es tan torpe....!
VIZCOND. Qué me ha de extrañar, marqués;
sabe Vd. que soy de casa.
Hoy estará la *Hig-Life*
en las carreras. ¿Ustedes
asisten?
MIGUEL. Vamos después.
RAFAÉL. ¡Yo estoy en el purgatorio!
MIGUEL. Pero, por Dios, Rafaél
véte de aquí.
TODOS. Já, já, já.....

MIGUEL. Con el permiso de usted,
nos retiramos.
VIZCOND. Adios, querido Miguel.
MIGUEL. Esta noche iré á la Opera.
RAFAÉL. Señora, páselo bien,
Beso su mano.
MIGUEL. ¡Dios mio!
¡qué chico! ¡qué bestia es!

ESCENA VII

MARQUÉS Vizcondesa, este muchacho
deseaba poseer
con ansia bienes ajenos;
envidiaba á mi Miguel,
y yo, que le quiero mucho,
al rango determiné
de mi posicion alzarlo.

VIZCOND. Comprendo.
MARQUÉS Habrá Vd. observado en él
un carácter algo brusco.
y casi, casi, soez;
mas ya conoce mi intento.
VIZCOND. Ahora me lo explico bien:
es una lección que apruebo.
MARQUÉS Y que él me ha de agradecer.
VIZCOND. Y yo ofrezco, por mi parte,
secundar á Vd., marqués,
y hacer feliz á ese jóven
cuando llegue á comprender
su error.

MARQUÉS Mil gracias, señora,
en mucho lo estimaré.
Ahora, si Vd. lo desea
iremos juntos á ver
el jardín.

VIZCOND. Con mucho gusto,
que soy, marqués, sabe usted
aficionada á las flores.

ESCENA VIII

TOMASA. Con que ya mi Rafaél
es el oso de la casa;
bién se rien todos, bien.
Los criados del comedor
comentan su estupidez
comiendo como un borrico
sin servirse del mantel,
y sin limpiarse las manos.
¡Si al fin había de hacer,
á la fuerza, un disparate!
ya se lo dije al marqués,
«me va á perder este chico
con su notoria sandez.»
¡Maldita ley de los tiempos!
¡Si ya todos quieren ser
condes, duques y marqueses!
Y trabajar... ¿para qué?
gastar dinero á montones
en los brazos del placer,
y mientras, rueda la bola,
y que pase un día, y cién:
el trabajo cria callos;
en fin, veremos á ver.

ESCENA IX

RAFAÉL. Fuerte ha sido el batacazo
que he sufrido de *Lucero*,
y por el dolor, infiero
que casi me he roto el brazo.
Iba el maldito trotón
saltando, haciendo corvetas,
y en la calle de Carretas
me dió al fin *el revolcón*.
Aunque el lance me apuraba
y la atención me absorbía,
lleno de rubor, oía
la gente que me silbaba
«Señorito, la chistera»
decía un audaz muchacho:
«no montes, que estás borracho»
me decía otro cualquiera.

¡De cólera y rabia estallo!
fué la burla singular;
mas, ¿quién me mandó montar
á mí, jamás á caballo?
Hora es que me deje ya
de pueriles devaneos
y de alimentar deseos
aristocráticos, ¡vá!
fuera chaqué y corbatin,
esto es para los señores,
y yo á cuidar de mis flores
en este ameno jardín.
Comeré, si tengo ganas,
cuatro libretas un día,
y nadie habrá que se ría
de una cosa tan liviana;
y hablaré como yo sé
para que me entiendan todos;
porque lo que es de otro modo,
francamente, no hablaré.
Y cuando quiera montar
he de montar en borricos,
y así, nadie en mis hocicos
se ha de tener que burlar.

ESCENA X

TOMASA. Rafaél.
RAFAÉL. Madre.
TOMASA. ¿Qué es eso?
RAFAÉL. Pues ya vé Vd., poca cosa;
que no me caen estas prendas
y voy á cambiar de ropa:
al fin me desengañé
de mis ilusiones locas:
pues dice un refran antiguo
«que bien está el Papa en Roma.»
TOMASA. Ese modo de pensar,
hijo del alma, te honra.
RAFAÉL. Desde hoy renuncio por siempre
á mis pretensiones tontas.
TOMASA. ¿No te deslumbrará ya
el brillo de otras personas?
RAFAÉL. No, madre, descuide usted;
la lección fué provechosa.

ESCENA XI.

MARQUÉS Vengo á saber si es verdad
que muestras conformidad
en dejar la nueva vida
que te ha sido tan querida
y te llenó de ansiedad.
RAFAÉL. Sí, señor; trabajar quiero;
seré siempre jornalero;
no envidiaré posiciones,
y mostraré en mis acciones
ser cumplido caballero.
MARQUÉS Así, muy bien, hijo mio;
en tu promesa confío
y he de hacer tu porvenir.
VIZCOND. Yo también he de cumplir
con mi propósito pío.
Tengo una buena doncella
á mi servicio, muy bella;
la doy un dote decente,
y si no hay inconveniente
se casará Vd. con ella.
RAFAÉL. Muchas gracias.
VIZCOND. No hay de qué.
RAFAÉL. Cómo agradecer no sé
sus extremadas bondades.
MARQUÉS Dejando esas vanidades
y entonando el yo peque.
RAFAÉL. Me fué su lección muy sana,
y desde hoy, de buena gana,
cumpliré alegre y contento
el décimo mandamiento
de la Doctrina cristiana.

MADRID --1883

IMPRESA DE P. SORZA
CALLE DE LAS HUERTAS, 59